

Teoría en tránsito: exhumar es arrebatar al polvo

Marcela Croce
Universidad de Buenos Aires, Argentina

Abstract The purpose of *Teoría en tránsito* by Max Hidalgo Nácher is to recompose the last half a century of Spanish Literary Theory and Criticism by scrutinizing the available archives. Based on this task, accomplished within the framework of the Argentine collection that investigates the same issues for the Río de la Plata, the author seeks to refute the hypothesis about the continuity of Francoism in the peninsular theoretical production. The vindication of the essay is another of the strategies used to disrupt the predominance of the treaty that, protected by an alleged rigor, led to affirm preconceptions and false continuities.

Keywords Literary Theory. Literary Criticism. Archive. Exhumation. Comparative Morphology.

«España es la última colonia de sí misma»: la desazón que llevó a José Gaos a un enunciado de acendrada radicalidad era acicateada tanto por el exilio del filósofo como por la causa del mismo, la dictadura de Francisco Franco en su país de origen. En el recuento pormenorizado que Max Hidalgo Nácher dedica a la crítica y la teoría literaria españolas a lo largo de medio siglo, desde 1966 hasta la contemporaneidad estricta, semejante diagnóstico no responde a ninguna de ambas condiciones inmediatas sino a la comprobación del daño irreparable con que un autoritarismo tan prolongado marcó el campo intelectual español. Consecuencia inevitable es que, en la comparación con el ejemplo argentino al que el autor -profesor catalán de la Universitat Autònoma de Barcelona- acude con afán de precisión metodológica, España queda en posición desventajosa frente al caso rioplatense, incluso cuando fuera el destino de los porteños que escogieron radicarse allí, definitiva o momentáneamente -Oscar Masotta,



Edizioni
Ca' Foscari

Peer review

Submitted 2023-02-22
Published 2023-06-30

Open access

© 2023 Croce | 4.0



Citation Croce, M. (2023). *Teoría en tránsito: exhumar es arrebatar al polvo*. *Rassegna iberistica*, 46(119), -132.

Osvaldo Lamborghini, Germán García y la omnipresente Nora Catelli, mentora de Hidalgo Nácher-, cuando sobrevino el ominoso Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983).

El libro integra la serie *Archivos en construcción* dirigida por Ana-lía Gerbaudo en la Universidad Nacional del Litoral, cuyo propósito es difundir «investigaciones grupales iniciadas en 2012 e impulsadas, en primer lugar, por Gisèle Sapiro» (Hidalgo Nácher 11). Un espacio editorial enfocado en la circulación de materiales que raramente obtienen la autonomía que conviene asignarles a la crítica y la teoría como discursos autónomos y no exclusivamente como bibliografía de respaldo o entramado de base merece el mayor reconocimiento. El plan se orienta con las lecturas (evito el término «sistemas», en vistas de que la misma iniciativa los identifica como campos en construcción) previsibles de Bourdieu, Derrida e incluso Zizek, en el plano general, a las que se añaden Montaldo, Antelo, Dalmaroni y la propia Gerbaudo en el listado argentino. El objetivo apunta a configurar una «morfología comparativa» transnacional (14) entre Argentina, Brasil y España, en línea con el *adagio* que recomienda mudar la necesidad en virtud, «haciendo de la falta una ocasión para la intervención política» (16).

La palabra de orden que rige el proyecto y la colección es «exhumación», que Hidalgo Nácher dispuso elevar a categoría disciplinar al proponer una «arqueología» de la crítica y la teoría en España y que el prólogo de Nora Catelli convierte en tópico cuando insiste en las diferencias entre los efectos de las dictaduras española y argentina con respecto a la disponibilidad de archivos. Otros datos, como el exilio de los intelectuales –y conste que no se trata del único sector que sufrió la expulsión–, exigen abundar en el carácter contrastivo del comparatismo posible. Así lo hace Catelli al distinguir las formaciones respectivas de Hidalgo Nácher y Gerbaudo, responsables del proyecto: mientras ella integra una comunidad cuyas diferencias internas son exhibidas a veces en debates sangrientos pero que no declinan en honestidad ni en adscripciones, Hidalgo procura construir algo semejante a una comunidad a partir de las esquivas que recoge. En última instancia, destaca Catelli, América Latina «no necesita a España» (30) pero sí a la inversa. ¿Qué mayor prueba que este volumen editado en la Argentina por una universidad nacional y con fondos estatales?

Antecedido por tales discursos, el libro de Hidalgo procura «dar elementos para pensar algunos estratos fundamentales del *inconsciente crítico* de la crítica española contemporánea» (36). El sobrevuelo freudiano –conviene recordar que el fundador del psicoanálisis también se atribuía labor de arqueólogo al excavar/escarbar lo que se encontraba enterrado– anuncia una tarea excesiva compuesta por cuatro corpus de estudio demasiado enjundiosos y diversos como para conseguir una articulación satisfactoria: «la historia de

la teoría literaria, la historiografía del hispanismo, la historia editorial –en que se incluyen los estudios sobre la censura– y la sociología de los intelectuales y de la universidad» (36). Consecuentemente, la organización cronológica responde a cuatro momentos cuyos límites integran la historia cultural con la historia *tout court*: desde 1966 en que emergen los estructuralismos hasta 1975 cuando muere Franco; desde la muerte de Franco y el desembarco del psicoanálisis lacaniano en España hasta el golpe de Estado fallido de 1981; desde la constitución del área de Teoría de la Literatura hasta la crisis de 2011 y de 2012 en adelante. El presupuesto del conjunto es refutar la convicción de Jordi Gracia sobre la continuidad entre la cultura de la época franquista y la del período posterior; es justo suponer que el empeño del autor en desmentir semejante afirmación se apoya tanto en los documentos que exhuma como en el optimismo de la voluntad que reclama desprenderse de una época que urge revertir.

El punto de partida es la observación de Catelli según la cual el rechazo a la teoría motivó su absorción por parte de la Literatura Comparada; resulta imposible sustraerse al dato de que Catelli, exiliada de Rosario al iniciarse la dictadura militar, tiene en mente el caso argentino en que la teoría sepultó a la Literatura Comparada y apenas si permitió su supervivencia como método antes que como disciplina. A partir de entonces, el paralelo entre el ejemplo español y el argentino se vuelve proliferante: sea cuando se afianza en José Luis de Diego para estudiar el campo editorial (relevado sobre todo por Fernando Larraz en el orden peninsular); sea cuando retorna una y otra vez a Catelli y Antelo para ratificar el *entre nos* y el pequeño círculo que se completa con los agradecimientos a figuras como Jorge Wolff, cuyo *Telquelismos latinoamericanos* es otra referencia reiterada; sea cuando sobreviene el parangón en lo relativo a la censura que motiva la discusión más encendida en el epílogo de Antelo.¹

Hidalgo recupera multitud de nombres para la historia de la teoría y la crítica literaria españolas. «Recuperar» no significa aquí adherir sino reconocer en su dimensión, ponderar a los fines del objeto que procura perfilar. La recepción hispana de autores y fenómenos desempolva términos e identificaciones erradicados de las bibliografías actuales como los de Lucien Goldmann o Galvano Della Volpe, desplazados hoy por los de marxistas ligados a los Estudios Cultura-

1 La tesis de José Luis de Diego a la que se pliega Hidalgo Náchter y que Antelo desbarata es que la censura aparece más como representación dentro de los textos *-El beso de la mujer araña, Nadie nada nunca, Respiración artificial-* que como efecto sobre los productos. Dado que esto último solamente puede ejemplificarse mediante contraprueba, baste recordar *Ficción y política* (Daniel Balderston comp., 1987) que hace constar la censura sobre *Respiración artificial*, a su vez el texto que aparece en primer término en la foto de la portada del volumen de Editorial Alianza, que exhibe los libros secuestrados por la dictadura. No fue, por cierto, el único caso.

les. Por su parte, el gesto de María del Carmen Bobes Naves de «tomar algunos elementos de la semiótica y del estructuralismo para integrarlos en un discurso que no es ni semiótico ni estructural» (131) tiene visos de astucia ideológica. En otro plano, el segmento dedicado a las editoriales no demora en degenerar en catálogo sin que se verifique la relación directa de los títulos con la teoría que se trata de reponer ni se demuestre una adopción efectiva, excepto en algún caso muy próximo al autor como el de la multicitada Catelli.

Un acierto paralelo al del comparatismo contrastivo es la reivindicación del ensayo operada en el libro, a fin de anular la distinción entre crítica y ensayo que todavía persiste en la institución universitaria, la cual se vale del ensayismo como etiqueta descalificatoria, reeditando la crítica recibida por Eugenio Trías en sus inicios según la cual «escribir bien» es carecer de rigor. A esta figura, identificada como «neonietzscheana» junto a la de Fernando Savater -con quienes Hidalgo incurre en lo que Gerbaudo designa «el cuento», en tanto se pliega al modo en que los mismos autores relatan su experiencia-, se suman las de Agustín García Calvo y Rafael Sánchez Ferlosio «que han ejercido la función de maestros de toda una generación de escritores y ensayistas» (179).

Era inevitable, en función de la envergadura del material (mucho más acotada, corresponde admitir, que algunos emprendimientos peninsulares inasibles como el que pretende rastrear el inconcebible período 1475-1914) y de las quinientas páginas del volumen, que la organización del texto registrara recaídas y dejara filtrar repeticiones. El orden heterodoxo impacta en el capítulo 2 en aquellos párrafos que parten de la recepción del estructuralismo en los años 60, pasan por el falangismo y el catolicismo, se detienen en el centenario de San Juan de la Cruz en 1942 y recalcan en la estilística como método oficial, cuyo vocero es Dámaso Alonso -de paso, también es redundante la cita de Túa Blesa, tanto en el cuerpo del texto como en nota al pie, según la cual es imposible leer a Alonso prescindiendo de sus convicciones religiosas (106)-. En lo que atañe a las reiteraciones, baste revisar la sección dedicada a las revistas surgidas en los años 60, de las que se ofrecen datos en tres momentos diversos: la circunstancia de que el semanario *Triunfo* alternara notas culturales con fotos de Brigitte Bardot impacta tanto al autor que lo indica en nota al pie en la página 80 y vuelve a mencionarlo en el cuerpo del texto en la página 86. A su vez, la incidencia del modelo de *Paris-Match* sobre *Triunfo* se hace constar en dos oportunidades en la misma página 86. Allí se reitera lo ya registrado en la página 75 relativo a que las dos revistas significativas del período son *Triunfo* y *Cuadernos para el diálogo*. Al orden de las decisiones corresponde una práctica más difícil de justificar: la de las citas en lengua original que nunca se traducen y que alternan el inglés, el francés, el catalán y el portugués y obligan a preguntarse a qué lector está dirigido el texto.

A trueque de tales deslices, Hidalgo Nácher recompone algunas carreras intelectuales y pone a disposición ciertas derivas institucionales cuyos inicios suelen quedar sepultados por su desarrollo posterior. Valgan como muestra tres ejemplos. Uno: la trayectoria de Manuel Sacristán «proveniente del falangismo, si bien tomó muy pronto distancia respecto al mismo», devenido «fundamental en la constitución y renovación del campo teórico marxista y muy cercano al Equipo de Comunicación de Valeriano Bozal» (67). Dos: los antecedentes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), creado por decreto del 24 de noviembre de 1939 por presión de los sectores católicos para no perder terreno frente al predominio cultural falangista, cuya misión inicial era establecer «los dogmas de la ciencia española» (99). Tres: la carrera de José María Castellet, que se ofrece como modelo para estudiar «la renovación teórica de las prácticas críticas posterior a 1966», dado que pasa del sartrismo a la adhesión a Marcuse en 1969, para optar dos años más tarde por el estructuralismo (231-2).

En cambio, cuando aborda a Juan Goytisolo, Hidalgo omite datos sobre las revistas *Mundo Nuevo* y *Libre* en que colabora el español (de la última incluso fue director de un número), la primera dirigida por Emir Rodríguez Monegal y la segunda coordinada por un grupo en que dominaban los latinoamericanos del *boom*, que se revelaron financiadas por el Congreso para la Libertad de la Cultura o por organizaciones cuyo propósito era contribuir a la Alianza para el Progreso y retirar los apoyos intelectuales a la Revolución Cubana (y abunda la bibliografía que podría consultarse sobre el particular). En una omisión menos grave incurre cuando, al restituir la polémica de Juan Goytisolo con Guillermo de Torre, olvida el curriculum de polemista que este último había iniciado con la revista *Martín Fierro* (1924-1927), cuando pretendió imponer el «meridiano intelectual» madrileño, lo que da cuenta de sus ínfulas arraigadas. A su vez, sobrevaluar a Goytisolo como «vía de acceso a una modernidad a la que España habría resistido desde antiguo» (256), como si semejante función pudiera caber a un único sujeto, lo lleva a perder de vista un panorama más amplio del campo estudiado.

El tercer capítulo, dedicado a las revistas culturales y contraculturales de la transición, se especializa en *Diwan* y en el impacto de los lacanianos porteños en ella –«que presentaba no pocas afinidades con la argentina *Literal*» (337), desprendida a su vez de *Los Libros* en 1973-. Simultáneamente, en 1976, se creaba el periódico *El País*, vocero del PSOE que defendió la renuncia al marxismo promovida por el dirigente Felipe González. En esta época, el campo editorial en el que ya se desenvuelven Anagrama y Tusquets como sellos consolidados permite revisar la circulación de Bourdieu en España, aunque silenciando que, mientras la primera traducción peninsular (la de *Las reglas del arte*) es de 1997, en América Latina ya era leí-

do y la traducción inaugural (de *Campo del poder y campo intelectual*) la cumple en 1983 la editorial Folios, dependiente de la librería mexicana Gandhi.

Entre quienes pusieron en circulación a Bourdieu en la Argentina no se puede soslayar al grupo de la revista *Punto de vista* (1978-2008), capitaneado por Beatriz Sarlo, quien integraba en las bibliografías de sus programas universitarios al sociólogo. Extrañamente, la referencia a Sarlo en *Teoría en tránsito* se limita a la intervención de Roland Barthes que Hidalgo rastrea en *El imperio de los sentimientos* (1985), al tiempo que elude por completo la antología *El mundo de Roland Barthes* que Sarlo preparó para el Centro Editor de América Latina en 1980. Fuerza es reconocer que las tesis sobre Barthes desarrolladas en España no dicen nada acerca de su circulación efectiva, y basta recurrir al Bourdieu de *Homo academicus* para comprobar la distancia que va desde los directores de tesis que ocupan lugares expectables en la universidad a los exitosos intelectuales que carecen de carreras institucionales notorias y no obstante registran publicaciones con impacto real.

Sobre el final del recorrido, el libro se ocupa de la revista *Syntaxis*, creada en 1983 por Andrés Sánchez Robayna en Canarias, que constituye «un importante núcleo de irradiación de poéticas contemporáneas» (395), y de la labor del catedrático de Zaragoza Túa Blesa, también cantante y guitarrista de un grupo punk. El modo en que un proyecto presentado por Blesa fue defenestrado por sus colegas, con argumentos viciados de arbitrariedad (426-7), lleva a preguntarse cuántos evaluadores se comportan de manera semejante a lo ancho del globo, entregados a resolver disidencias teóricas y antipatías personales con escaso profesionalismo y harta tendencia a la sanción en un campo que se complace en el ajuste de cuentas.

Como contrapartida de una práctica tan mezquina, quisiera subrayar el retorno a Gerbaudo que sobreviene en el cierre: por la inspiración que provee, por el modelo que aporta, por la gratitud que merece, por la simpatía que despierta (446). El epílogo de Antelo, que proclama su preferencia benjaminiana por las ruinas en el *ma-remagnum* de profusión informativa que despliega Hidalgo, exhibe tal preocupación por deslindar los alcances del deconstruccionismo que opaca el diálogo con el objeto. Un libro flanqueado por paratextos escritos por argentinos que llevan décadas fuera del país -Cattelli en Barcelona, Antelo en Santa Catarina- amerita el contrapeso de un tercer compatriota, aunque solo sea a fin de morigerar un enunciado voluntariamente trastornado. No es «el diablo [quien] vive en los detalles» (490), como pontifica Antelo, sino que «Dios está en los detalles», como proclamaba Aby Warburg y recuperaba Erich Auerbach en el epígrafe de *Mimesis*. El diablo se filtra en los intervalos, como estableció Eduardo Grüner con su habitual brillantez en *Iconografías malditas, imágenes desencantadas* (2017). Ese diablo que

permitió los deslizamientos impropios ya advertidos -al que debería sumarse el que refiere a David Viñas Piquer apenas como David Viñas (428), con el confusionismo que habilita- pero cuyas interferencias son antes un llamado de atención sobre los aciertos y el esfuerzo exhumador que un equívoco triunfo de la minucia desatendida.

Bibliografía

Hidalgo Nácher, M. (2022). *Teoría en tránsito. Arqueología de la crítica y la teoría literaria españolas de 1966 a la posdictadura*. Los estudios literarios en Argentina y en España. Institucionalización e internacionalización 1. Santa Fe: Ediciones UNL-Colección Ciencia y Tecnología.

